

Emilio Cuervo Márquez

José Asunción Silva, su vida y su obra

(Conferencia dictada en la Sorbona de París)

Dos siglos después de fundada, Santa Fe de Bogotá había ganado fama de ciudad letrada, y el santafereño, abuelo del bogotano actual, de gustar del epigrama y de los escarceos de la casuística, de la litis y de la política: la literatura no había nacido allí todavía. No en vano su fundador había sido, no simple aventurero como tantos otros conquistadores, sino licenciado condobés, y no en vano tampoco él murió envenenado por los golillas en el ignominioso juicio que ante la Real Audiencia le siguieron por malversación de caudales públicos. El y sus compañeros, entre los que se contaban navarros, castellano y sobre todo andaluces, imprimieron a la naciente ciudad, entonces y más tarde al importar de la península sus mujeres y haciendas, oidores, escribanos y alguaciles para sus tribunales y religiosos para los conventos que empezaban a fundarse, una modalidad espiritual que aun perdura.

Aquella base racial, sensiblemente modificada por el cruzamiento con la raza aborígen de la altiplanicie, altiva y sumisa a un tiempo mismo, y en el decurso del tiempo modelada por el ambiente, o sea por el clima y hasta por el paisaje que habría de servir de escenario a su desenvolvimiento, marca el origen de la mentalidad bogotana; y no me atrevo a decir «colombiana».

pues salta a la vista que diferencias étnicas y de situación geográfica, han creado dentro de la nacionalidad colombiana características divergentes.

A la sombra del convento y de la Real Audiencia; bajo la autoridad del virrey y del arzobispo, del oidor y del prior del convento; entre el papel sellado y el peripato, el olor de incienso y y la jícara de espumoso chocolate; conociendo por solos regocijos populares las fiestas religiosas o las ofrecidas por el virrey con ocasión del nacimiento de una princesa o la jura de un monarca español en lo más profundo de un país montañoso sin comunicaciones con el mar, a donde no llegaban sino amortiguados de tarde en tarde los ruidos del mundo, como a una cartuja enclavada en lo más alto de los Andes se deslizó durante dos siglos y medio la vida de nuestros antepasados. Esos muertos hablan en nosotros todavía.

La guerra de independencia y su libertad que la siguió apenas modificaron las condiciones de vida en lo que hasta ayer había sido capital del virreinato: la naturaleza es lenta en sus obras y la evolución de los espíritus corre parejas con la de las estratas geológicas. El pensamiento, que acababa de redimirse del peripato como de un aro de hierro que lo oprimiese, buscaba ahora expansión en la lucha política. La imprenta no serviría ya para imprimir novenas y vidas de santos, sino para publicar panfletos envenenados: el *Semanario de la Nueva Granada*, del gran Caldas, es excepción a la regla común. Después de diez años de lucha a muerte, el momento no era favorable para la eclosión de la obra literaria. Sin embargo, como esirella errante en cerrada noche, brilló un instante en esta época de Vargas Tejada, el conjurado del 25 de septiembre, con *Las Convulsiones*, juguete de real valor cómico, que se diría inspirado en Fernández de Moratín. Después todo volvió al silencio.

En el curso de los años siguientes y en el trajín del periodismo doctrinario, los escritores aprendieron a cuidar su estilo y trataron los asuntos más elevados en lenguaje castizo y elegante.

Esto hizo decir que en el fondo de todo colombiano existe un gramático y un purista; más tarde se pensó que todo colombiano debía ser poeta. Cabe aquí observar la influencia que el pensamiento francés, a partir de la obra de los enciclopedistas y de los *Derechos del Hombre*, ejerció sobre los escritores colombianos y, en general, sobre las ideas, y la que ha sido siempre más honda que la ejercida por los escritores españoles. No que se dejara de leer a Cervantes, a Calderón o a Lope de Vega, o que si ignorara a Quintana, a Espronceda o al duque de Rivas; éstos también tuvieron discípulos e imitadores en el Bogotá de aquella época; pero la influencia de Víctor Hugo sobre nuestra naciente literatura fué más grande que la de Zorrilla, y la de Chateaubriand que la de Espronceda y Larra. Quizás débese esto a que la producción de los unos, múltiple en los diversos campos de la actividad mental, poesía lírica, viajes, política, teatro, novela, se prestaba a satisfacer todas las curiosidades, en tanto que la de los otros, limitada a la literatura, serviría especialmente de modelo de lenguaje. El predominio de la influencia anotada persiste hasta hoy.

Fué al comenzar la segunda mitad del pasado siglo cuando ya un tanto apaciguada la serie de tormentas políticas que habían acompañado la organización de la república—surgidas las más de las veces de un batallador idealismo—comenzaron a apuntar los brotes de un movimiento literario, como signos de una sociedad ya refinada. Activo era entonces el comercio de libros con Francia y España. Compañías de teatro extranjeras se habían aventurado a presentar en el Coliseo de Bogotá piezas dramáticas y musicales aplaudidas en teatros europeos. Personas acaudaladas viajaban al viejo mundo y regresaban trayendo sus mobiliarios, sus pianos, sus espejos, su cristal, su porcelana y hasta sus coches y caballos al precio de mil dificultades, pues la mercancía debía subir los enhiestos Andes izada por cargueros desde el Magdalena hasta la altiplanicie, lo que significaba que su costo en Bogotá representaba un valor cuatro o cinco veces mayor que el de la misma

mercancía en cualquiera otra capital sudamericana. Al establecerse la navegación por vapor en el río Magdalena, el comercio de lujo empezó a importar de París y de Londres las últimas novedades de la moda y del buen tono. El que no podía viajar se consolaba leyendo narraciones de viajes: Amicis, Dumas, Alarcón, tuvieron muchos lectores y lectoras. Una sociedad elegante y exclusiva—salvo para el extranjero—que nada tendría que envidiar a la más exigente de otras partes, abría con frecuencia sus salones en banquetes y saraos, en tanto que en cenáculos más íntimos jóvenes literatos leían sus producciones en prosa y verso.

Copiosa fué la producción literaria en ésta época; pero es preciso convenir que en especial la escrita en prosa no resiste análisis crítico: dentro del género llamado «Artículos de Costumbres», muy en boga entonces, sólo podríamos citar dos o tres producciones que deban ser recordadas, pero aun ellas dan la impresión de ser obra de aficionados, cuyos autores hubieran podido dejar obra sólida y realmente literaria si hubieran querido profundizar más hondamente la veta que explotaban, como lo hicieron Díaz, en *La Manuela*, e Isaacs, en *La María*, obras que si bien populares, no están libres de lunares.

Pertenecen a esta época la bella oda de José Joaquín Ortiz, *Los colonos*, digna de Quintana, y el canto a *La Luna*, de Fallón, digno de Vigny, que pueden servir de exponente del grado de perfección a que había llegado la poesía colombiana. Pero ni Ortiz ni Fallón dejaron por desgracia verdadera obra poética, en el sentido de que hubieran arrancado a su lira todas las notas de que era ella capaz, al igual de tantos otros bardos y escritores de genio auténtico a quienes los cuidados e incertidumbres de la vida, por su arte no sólo improductivo, sino oneroso, impidieron el cultivo sostenido de su vocación. Igual cosa ha acontecido en el dominio de las bellas artes en general: lo exiguo de nuestro medio y la desproporción entre nuestras capacidades y la dura realidad, mata el estímulo para la producción artística. Donde aquel falta, ésta se agota y muere.

En efecto, raro es entre nosotros el poeta o el escritor, limitándose al dominio literario, cuya obra, digna de este nombre, alcance a más de un volumen. Entre ellos, bien sea porque su inspiración fué más imperiosa o porque pudieron dedicarse sin trabas al cultivo de la literatura, es preciso de manera especial citar a Pompo, el autor de *Edda*, de *Preludio de Primavera*, de *Hora de Tinieblas*, cuya obra honra una literatura; a J. M. Marroquín, autor de *Blas Gil*, de *El Moro*, de *La Perrilla*, cuyas novelas pueden compararse con las mejores de autores españoles; a Miguel Antonio Caro, el autor de la *Oda a la estatua de Bolívar* y traductor de Virgilio, quien resiste el parangón con Belio y con Menéndez Pelayo, y a José Asunción Silva, por último el autor de *El libro de Versos* y de *De Sobremesa*, quien rompió el primero entre nosotros los moldes de la antigua métrica castellana y cuya obra poética no tiene parecido en la literatura hispanoamericana.

Por extraño que pueda parecer, fué creencia muy arraigada entre nosotros que el hacer versos era signo inequívoco de carencia de aquello que llamamos «sentido práctico»: al poeta lo aplaudíamos a dos manos, puede decirse que lo admirábamos; más descendiendo a las realidades de la vida, no le confiaríamos la gestión de nuestros intereses particulares. Esta creencia popular cerró muchas puertas a poetas y a escritores. Sin embargo, por una aberración que se explica por la influencia que desde tiempos remotos ejerció la pluma sobre las masas, el literato, y en especial el poeta, tiene fácil acceso al escenario de la política, que debiera ser considerada como la ciencia de las realizaciones, y ha conquistado con frecuencia en los comicios no sólo la curul del legislador sino el solio presidencial, lo que ha contribuído a divulgar la creencia de que Colombia es nueva república ateniense y la ciudad del águila negra. Atenas sudamericana. Debo aquí detenerme a declarar que, como bogotano, me apresuro a renunciar a la parte de honor que pudiera caberme en tan pomposo título. Silva también la habría renunciado.

Otros aspectos de nuestra compleja mentalidad contribuyen

a explicar la contradicción apuntada: la poca importancia que prestamos a la competencia en la gestión de los negocios públicos cuando entran en juego los intereses de la política; la confusión que hacemos con frecuencia, en tratándose de cuestiones abstractas, entre imaginación y preparación brillante y fugaz aquella, ésta sólida, pero discreta; el no discriminar las formas variadas de la inteligencia y su aplicación profesional y el pensar que aquella luminosa bandera cubre, sin discernimiento, en un mismo haz, las aptitudes del poeta o las del gramático y las del gobernante; la seducción que en nuestra imaginación de origen andaluz despierta el artículo de periódico escrito en estilo vibrante e impecable, la proclama o manifiesto de frases sonoras, el programa político amplio y sugestivo, que será calificado de «pieza magistral». Inútil es pensar que artículo, manifiesto y programa han sido escritos por un profesional y no por un simple político.

Pero ocurre que no todos los escritores y poetas colombianos se resolvieron—*genus irritabile vatum*— abdicar de su personalidad ni a hacer auto de fe con lo más caro que poseían, sus ideas, si ellas se hallaban en pugna con las del gobernante. Colocado entonces al margen de la vida, el poeta, si carecía de fortuna personal, o se lanzaba a la guerra civil, como tantas veces ocurrió, o buscaba precario refugio en las oscuras oficinas de un periódico de oposición, y terminaba fatalmente por hallar en los paraísos artificiales, en el fondo de la botella de Verlaine, el olvido de su decadencia. Pero si se resistía a descender la escalera que conduce a los lóbregos sótanos de la bohemia, entonces le era permitido pensar en la muerte, en dormir bajo de una lápida.

el último sueño de que nadie vuelve,
el último sueño de paz y de calma...

Fruto de linajuda estirpe, José Asunción Silva nació en Bogotá el 27 de noviembre de 1865. Fueron sus padres don Ricardo Silva, acaudalado comerciante y al mismo tiempo ático

autor de artículos de costumbres, y doña Vicenta Gómez de Silva, en quien la hermosura iba de par con el señorío. Fortuna, distinción, inteligencia, hicieron de aquel matrimonio ornato de la alta sociedad bogotana de su época. Era José Asunción el mayor de sus dos hermanos. Elvira y Julia, que heredaron de su madre, ingenio, virtud y belleza, e hizo sus primeros estudios en el colegio regentado por don Ricardo Carrasquilla, el apreciable escritor que con Marroquín, Vergara y Vergara, José David Guarín, Caicedo Rojas, Eugenio Díaz y el mismo Ricardo Silva, había fundado las tertulias literarias de *El Mosaico*, en donde Gutiérrez González leyó, por primera vez, su bello canto *El Cultivo del Maíz*. Corta fué su permanencia en aquel plantel, y muy joven entró a colaborar en el almacén de artículos de lujo de su padre, ya que algún día él tendría que manejar el negocio que hacía vivir a la familia.

No por trajinar con facturas y letras de cambio, dejó Silva de lado el cultivo de los libros. Movido por temprana e irresistible vocación, dotado de múltiples facultades, en la rica biblioteca de su padre halló los maestros que comenzaron a modelar su inteligencia y a pulir su gusto literario. ¡El dinero, los libros! He aquí los dos términos, en apariencia opuestos, en que él cifró su vida desde que salió de la infancia hasta la muerte.

Durante el día, el tráfago y el roce mercantil, prosaico de suyo aun cuando sus manos manejan frascos de perfumes, finas telas de seda y estatuitas de bronce; durante la noche, la evasión del espíritu, el libro del autor favorito, la página blanca en donde verterá su prístina inspiración: así escribió Silva su primera poesía: *Crisálidas*.

Al dejar la prisión que las encierra
¿qué encontrarán las almas?

Fácil es ver en ella la influencia de Bécquer o de Querol: es su primera manera, la de adolescencia, la de las acuarelas de

tintas azuladas. Años después vendrán las aguas fuertes, aquellas *Gotas Amargas*, que parecen escritas bajo la inspiración de Schopenhauer y de Baudelaire:

Un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi...

En ésa época, Silva, sabiendo que escribiría en castellano y que el castellano sería su instrumento de labor, estudió los mejores autores españoles; pero preciso es confesar que escasa es la huella que de ellos podemos descubrir en su obra poética. Su espíritu independiente se acomodaba difícilmente a los moldes clásicos de la métrica en uso hasta entonces, y deseando verter ideas viejas en moldes nuevos:

soñaba en éste entonces en forjar un poema
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema

Al cumplir Silva veinticinco años, su padre le envió a Europa a fin de estudiar la posibilidad de ensanchar el negocio con la apertura de nuevos créditos y de renovar el surtido de mercancías. Estuvo en Londres, pero la mayor parte de su estadía la hizo en París, cuyo ambiente le era familiar por sus lecturas desde mucho antes de su viaje. Después de un año de ausencia, regresó a Bogotá. Su permanencia en Europa, que parece no contribuyó de manera especial al desarrollo de los negocios, fué decisiva para marcar un rumbo preciso a su inspiración. Más lejos aún: ella despertó en el joven poeta y comerciante bogotano una sed de aspiraciones difíciles de realizar con mediana fortuna, y que no habría de apagarse ya.

Coincidió aquel viaje con la merma del capital paterno por causa del papel moneda de curso forzoso y del empobrecimiento

general. Los beneficios derivados en el negocio de mercancías apenas alcanzaban para atender a los gastos de la familia, de suyo elevados a causa de su posición social. En estas circunstancias murió su padre, y quedaron al cuidado de José Asunción, su madre y sus dos hermanas. Comenzó entonces para él una nueva vida, durante la cual fué hijo y hermano modelo: hasta la ruina definitiva, ocurrida varios años después, se dedicó a mantener en pie un edificio vacilante, cuidando de sostener el tren de su casa en el mismo nivel de épocas de opulencia. Fueron seguramente éstos para Silva años de lucha atroz, que nadie conoció, y de la cual hallaba compensación en las mil delicadas atenciones que a diario prodigaba a los seres que de él dependían, y por quienes él sentía amor profundo, mezclado tal vez de compasión si pensaba en su obscuro porvenir. Durante esta época, el poeta halló en la producción literaria, activa, variada y nerviosa como de quien ignora de que el mañana se componga, la liberación de sí mismo y el reposo para sus nervios fatigados. Al analizarse, descubre que en el fondo de su alma:

hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar a los heridos,
vago como el color del bosque mustio,
como el olor de los perfumes idos,
y el cansancio aquel es triste
como un recuerdo borroso
de lo que fué, y ya no existe!

Era Silva entonces, y siempre lo fué, de impecable y aristocrática apostura. Ojos negros y luminosos, nariz aquilina, tez pálida, boca bien dibujada, bigote y barba negros y sedosos, partida ésta en dos como la de los ismailitas nobles. Vestía siempre de negro y calzaba con esmero. La cabeza cubierta por el hongo carmelita con cinta negra. En la indispensable corbata de seda, picaba un alfiler con brillante del que pendía una perla en lá-

grima. Las manos blancas, de uñas pulidas y recortadas en almendra, porque Silva, que se pagaba mucho de su persona, tenía entre todas, dos vanidades, la de sus pies y la de sus manos.

Al regresar Silva a Bogotá, parecía que todas las aspiraciones le fueran permitidas. Su posición social, su inteligencia, su apostura, el mismo prestigio que entonces daba a un joven el haber hecho un viaje a Europa, le hubieran abierto, si lo hubiera querido, posibilidades desconocidas para otras. Entonces, como después de la muerte de su padre, ante él podían abrirse dos caminos: entrar en la política o casarse. Silva carecía de disposiciones para la primera, y no obstante sus convicciones, basadas en sólido cimiento filosófico, él prefería permanecer alejado de ella y quedar libre para usar de una punta de escepticismo sobre los hombres y las cosas de su tiempo. Como Phinées al regresar a Jerusalén, él hallaba que su patria se alimentaba de casuismo religioso y político, y que a la lucha de la ágora era preferible la religión de la belleza. Más explícito era Silva respecto del matrimonio; él se casaría cuando se cumplieran dos condiciones: poseer un fuerte capital y hallar la mujer a quien pudiera amar con fervor de artista. De otro lado, ¿podría acaso casarse nunca?, no tenía una madre y hermanas a quienes debía consagrar su vida? De esta suerte los años corrieron para el poeta amando en imaginación el lujo de las artes, los placeres de una civilización feliz, las mujeres que forjaba su fantasía, y murmurando quizás, en el silencio nocturno de su gabinete, el verso del poeta:

La libertad más dulce que el imperio
y más hermosa que el laurel la oliva!

Silva se hallaba en esta época en la plenitud de su talento. Una larga preparación había fijado su orientación literaria. Vientos de revolución agitaban el mundo de las ideas en los dominios de la filosofía y del arte en general. Oscar Wilde y Ruskin, en Inglaterra; Dannunzio y Ferrero, en Italia; Blasco Ibáñez, en

España; Eza de Queiroz, en Portugal; Shopenhauer, en Alemania; Rubén Darío, en Centro América; en Rusia, Tolstoy, María Bashkirtseff y Dostoyewsky; en Francia, Bourguet, Baudelaire, Verlaine, Renán, Zola, Maupassant, los Goncourt, Barrés, Leconte de Lisle, Taine y Anatole France, aparecían como los maestros de la escuela que derribaba los viejos ídolos románticos. La ciencia invadía el dominio de la literatura, y la psicología lanzaba un rayo de luz sobre la obscuridad de la conciencia. Se animaron entonces los personajes de la historia y los creados por la imaginación vivieron vida normal como la nuestra. Ninguno de los autores nombrados dejó de marcar su huella en el cerebro de Silva, quien no obstante no se afilió a ninguna escuela determinada—neoclásicos, simbolistas, decadentes, parnasianos—y fué siempre el mismo.

La obra poética de Silva es por gracia reducida, debido a lo corto de su vida, para que tal huella sea en ella perceptible. Mas basta leer *De Sobremesa* para adivinar que el autor emplea en su novela, que ha sido calificada de artificiosa, la técnica de los hermanos Goncourt, exagerándola quizás. Ella nos revela al par que la rara cultura artística y literaria de Silva, su exaltación ardiente por una mujer joven, hermosa y muerta, «divinidad viviente», para sus admiradores, a quien él conoció al través de su *Diario*: María Bashkirtseff. Si a la fuerza debiéramos poner un nombre de mujer a la inspiradora del *Nocturno*, pienso que el de la joven escritora rusa no debe ser olvidado. La apasionada admiración del artista por la dulce muerta, fluye al través de la novela citada. La página siguiente, ¿no es acaso un Nocturno? Es Silva quien habla por la boca de Fernández:

«Jamás figura alguna de virgen soñada por un poeta, Ofelia, Julieta, Virginia, Graziella, Evangelina, María, me ha parecido más ideal ni más conmovedora que la de la maravillosa criatura que nos dejó su alma escrita en los dos volúmenes que están abiertos sobre mi mesa de trabajo y sobre cuyas páginas cae, al través de las cortinas de gasa japonesa que velan los vidrios del

balcón, la diáfana luz de esta fresca mañana de verano parisiense... El amor que a la Bashkirtseff profesamos algunos de hoy, tiene como causa verdadera e íntima que ese Diario, en que escribió su vida, es un espejo fiel de nuestras conciencias y de nuestra sensibilidad exacerbada. Hay frases de aquel Diario que traducen tan sinceramente mis emociones, mis ambiciones y mis sueños; mi vida entera, que no habría podido jamás encontrar yo mismo fórmulas más netas para anotar mis impresiones... Feliz tú, muerta ideal, que llevaste del universo una visión intelectual y artística y a quien el amor por la belleza y el pudor femenino impidieron que el entusiasmo por la vida y las curiosidades insaciables se complicaran con sensuales fiebres de goce, con la mórbida curiosidad del mal y del pecado, con la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir a las manos y acumularán en el fondo de los cofres, el oro, esa alma de la vida moderna! Feliz tú que encerraste en los límites de un cuadro la obra de arte soñada y diste en un libro la esencia de tu alma, si se te compara con el fanático tuyo que a los veintiséis años, al escribir estas líneas, siente dentro de sí bullir y hervir millares de contradictorios impulsos encaminados a un solo fin, el mismo tuyo: poseerlo todo! ¡Feliz tú, admirable Nuestra señora del Perpetuo Deseo!» (1).

La revolución de ideas y de procedimientos que he bosquejado, trajo como consecuencia la necesidad de renovar, en la poesía, los moldes antiguos. En lo que hace a la poesía castellana, las nuevas generaciones, sin querer renegar del todo de la métrica que tradujo la inspiración de sus más grandes poetas, hallaban ahora que ella era deficiente como única forma de expresión a las tendencias innovadoras. Fué Rubén Darío el primero que, desde París, lanzó a la América hispana, con su hermosa *Marcha Triunfal*, el pregón de la nueva escuela. Cabe aquí apuntar que

(1) María Bashkirtseff nació en 1860 en la propiedad señorial, de Pawonzi, cerca de Pultava (Rusia Medioeval) y murió en París, en 1884.

en ese mismo momento—y como si el viento llevase por sobre los mares el polen renovador—Silva, en el distante Bogotá, domaba nuevos metros y escribía aquel *Nocturno* único en su clase en castellano, que sólo puede hallar paralelo en *El Cuervo*, de Poe:

Una noche,
una noche toda llena de murmullos,
de perfumes y de músicas de alas;
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda
las luciérnagas fantásticas.

Y Poe, en su poema:

Una fosca media noche
cuando en tristes reflexiones
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza,
de repente a mi puerta oí llamar
como si alguien suavemente se pusiese
con incierta mano tímida a tocar...

Y es digno de anotarse que al ser reproducidas en Bogotá algunas de las más características poesías de Darío, Silva escribiera de ellas una parodia burlesca que él tituló *Sinfonía*, y que no veo insertada en el volumen de sus poesías; dos grandes poetas hispanoamericanos que se cruzaron sin conocerse.

Ya entonces Silva, como si la sola poesía no bastara para exteriorizar todo su pensamiento y necesitase de forma más amplia, aun que menos sugestiva de expresión, había comenzado a escribir una serie de novelas cortas, cuyos personajes en unas y otras irían unidos por hilo sutil, y que reuniría en uno o más volúmenes con el título de *Cuentos Negros*. El destino adverso

que parece presidió a la vida de Silva, hizo que los manuscritos de aquella obra se perdieran en el naufragio del vapor *Amérique*, cuando más tarde regresaba de Caracas a Bogotá. Recuerdo el título de dos de las novelas desaparecidas: «*Del agua mansa...*» y «*Ensayo de perfumería*». Pérdida grande fué ésta para la literatura colombiana.

Todo haría pensar, en las condiciones que he ensayado de bosquejar, que no obstante su vacilante situación financiera, la vida de Silva podía todavía correr en Bogotá perezosa y sosegada, como la de tantos otros que también escribieron versos y fueron escritores y poetas de renombre. Todo lo tenía, salvo una situación desahogada de dinero; pero, ¿acaso todo mundo debe ser rico, y deja, si no lo es, de vivir como los demás hombres? Verdad es; pero grave error sería el de medir a Silva con el mismo metro con que medimos al hombre de la calle.

(Continuará).

